

Aurora Egido

Baltasar Gracián o la libertad de ingenio, Zaragoza,

Institución Fernando el Católico, 2025, 216 pp.

ISBN 978-84-9911-749-2

Luis Gómez Canseco

Universidad de Huelva

canseco@uhu.es

ORCID: 0000-0002-6699-3813

Para qué nos vamos a engañar. Baltasar Gracián es uno de los damnificados de estos tiempos nuevos que nos han tocado en gracia. También lo son otros escritores extraordinarios y más cercanos en el tiempo, como Luis Martín Santos, Camilo José Cela o Francisco Umbral. No se entienda esto como lamento por un pasado perdido y acaso mejor, sino como la mera constatación de que, en este otro mundo, son menos que pocos los que, por el simple gusto de leer, se acercan a un estante y eligen para el entretenimiento de unas horas la *Agudeza y arte de ingenio* o *El Criticón*. Incluso para lectores duchos, Gracián se ha quedado en pieza de un museo que apenas se visita por curiosidad y de higos a brevas. Pero no porque Rogier van der Weyden tenga menos visitas deja de ser un pintor extraordinario. Otro tanto pasa con los libros. Pueden dormir en las baldas, cubiertos de polvo, sin unas manos que llevarse a las páginas, pero seguirán de por vida custodiando su tesoro. Se me dirá que, sin la interlocución de la lectura, la escritura no tiene sentido. Y es cierto, pero piensen en los manuscritos latinos que aguardaron durante siglos a que algún humanista los devolviera a la vida. Lucrecio y su *De rerum natura* permanecieron inalterables, extraordinarios y sin lectores hasta que Poggio Bracciolini dio con el códice en un remoto monasterio y los trajo a manos de los lectores renacentistas y de los materialistas luego.

Ha de tenerse, además, en cuenta que la lectura —la verdadera, digo— ha sido siempre cosa de minorías, por más que resulte esencial para la construcción de la sociedades, para su avance y para que la educación, como punta de lanza, abra caminos nuevos para el ser humano. Quiero decir con ello que, aunque la frecuencia de lectura de las obras de Gracián haya venido muy a menos, esto no le resta un ápice a la relevancia que su producción tiene para la cultura hispánica y para la europea. Por eso libros como este que ahora nos ofrece Aurora Egido, *Baltasar Gracián o la libertad de ingenio*, tienen todo el sentido y son incluso

más necesarios que nunca. Nadie, por otro lado, mejor ni más adecuado para afrontar este empeño que nuestra académica, que ha consagrado buena parte de sus horas de estudio al escritor aragonés con numerosísimas publicaciones, entre las que destacan las ediciones de sus obras publicadas al amparo de la Institución Fernando el Católico, las *Obras completas* salidas en 2001 o monografía extraordinarias como *La rosa del silencio* (1996), *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián* (2000), *Humanidades y dignidad del hombre en Baltasar Gracián* (2001), *En el camino de Roma. Cervantes y Gracián ante la novela bizantina* (2005) o *La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián* (2014), que leyó como discurso de ingreso en la Real Academia Española.

Este nuevo libro, que culmina —no cierra— la trayectoria gracianesca de su autora, se presenta dividido en ocho capítulos, en el primero de los cuales se traza un perfil biográfico y humano de Baltasar Gracián (1601-1658). La idea que mueve a la profesora Egido no es tanto la de construir una biografía canónica como la de ofrecer al lector un retrato de Gracián que nos ayude a saber quién fue y cuáles las razones que le movieron a escribir su monumental obra. De ahí que estas páginas iniciales transiten por su educación y sus lecturas, espacios decisivos para alguien que, como el aragonés, consagró su vida al estudio y la escritura; sus enfrentamientos con la Compañía de Jesús, que le obligaron a usar pseudónimos para publicar sus obras; sus relaciones de amistad con nobles y eruditos; o el eco que su obra ha tenido en la cultura europea, hasta autores como Voltaire, Daniel Defoe, Goethe, Nietzsche o Schopenhauer.

En los siguientes cinco apartados se estudian sucesivamente siete obras del jesuita aragonés: *El Héroe*, *El Político don Fernando el Católico*, *El Discreto*, *Oráculo manual y arte de prudencia*, *Arte de ingenio*, *Agudeza y arte de ingenio* y *El Comulgatorio*, compuestas entre 1637 y 1655, que dan buena cuenta de la evolución de Gracián al hilo de las circunstancias históricas y personales que rodearon su existencia. Las tres primeras atienden inequívocamente a la filosofía moral. La profesora Egido presenta *El Héroe* (1637 y 1639) como un modelo para la vida común, aunque aspirando siempre a la perfección; *El Político* (1640 y 1641) se ofrece como ejemplo de gobierno cristiano a través de la figura Fernando el Católico; y *El Discreto* (1646) diseña un regimiento propio desde una virtud moderna como era la prudente discreción a la hora de proceder en la vida. Los tres tratados coinciden en su antimaquiavelismo, comparten el ascendente estilístico y doctrinal de Tácito y Justo Lipsio y se inspiran en la *virtus litterata* que la Compañía de Jesús propuso como modelo en su *Radio studiorum*.

Enlazando con la misma voluntad moralizadora, el *Oráculo manual y arte de prudencia* (1647) recogía trescientos aforismos que se anunciaban sacados de sus obras precedentes. El librito prometía estrategias para sortear los peligros de la existencia y alcanzar, como declaraba el autor, a «ser prudente, atento, sagaz, cuerdo, sabio, valeroso, reportado, feliz, plausible verdadero y universal héroe». Por su parte, el *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza en que se explican todos los*

modos y diferencias de concetos (1642) y su versión renovada y ampliada, *Agudeza y arte de ingenio en que se explican todos los modos y diferencias de concetos* (1648), surgieron de un mundo en el que el ingenio había pasado a primer plano, como demuestran el *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan (1575) y aun el ingenioso *Don Quijote de la Mancha* (1605). Gracián se propuso recopilar ejemplos tomados de humanistas, predicadores, filósofos y poetas para así delinejar reglas para la agudeza. Pero también quiso ir más allá y se adentró en campos novedosos, como la «agudeza de acción fingida», esto es, la narrativa de ficción que triunfaba entonces y que él mismo terminaría por transitarse. *El Comulgatorio* (1655), como subraya la profesora Egido, fue la única de sus obras que se publicó a su nombre y en la que se presentó como padre de la Compañía. No en vano se trataba de un tratado religioso para comulgantes, que, en buena medida, seguía la estela de los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio y que tuvo un enorme impacto en el mundo católico hasta bien entrado el siglo XIX.

Los capítulos tercero y cuarto, los más extensos del libro, se reservan, como no podía ser de otro modo, para *El Criticón*, libro que Gracián publicó a nombre ajeno y sin las licencias que su orden requería. En consecuencia, como recuerda la autora, fue retirado de inmediato de la enseñanza, castigado a pan y agua y, por último, recluido en el colegio de Graus. Más allá de la ocultación de la identidad o de la voluntad de eludir los controles jerárquicos, la obra se alejaba de las prioridades de la Compañía. Para empezar, Gracián optó por la ficción a la hora de narrar el viaje de Andrenio, acompañado por su padre y maestro Critilo. El relato se convertía en un viaje a alegórico a través de las edades del hombre, con una primera parte (1651) que correspondía a la niñez y la juventud; la segunda (1653) se centrada en la edad adulta; y la tercera (1657) venía a ser un tratado de *senectute*. Para ello, el jesuita aragonés se sirvió de mimbres de muy diversa índole, comenzando por la novela bizantina, recuperada en su tiempo gracias a libros como *El peregrino en su patria* de Lope o el *Persiles* de Cervantes, la novela caballerescas, la picaresca, en la forma del *Guzmán de Alfarache*, o incluso el recorrido alegórico que Juan de Mena urdió en su *Laberinto de Fortuna*. *El Criticón* rebosa de literatura contemporánea de toda índole y materia, y Aurora Egido ha sabido indagar en las fuentes, textos y personas que iluminaron la obra.

La doctrina moral desplegada en sus textos precedentes encontró ahora un cauce nuevo en esta ficción alegórica que ahonda en la formación del ser humano. Su recorrido avanza en pos de la felicidad por medio del ejercicio de la virtud y la prudencia a través de un mundo degradado y hostil. La búsqueda resulta ser infructuosa, aunque la postre conducirá a los héroes a la inmortalidad. Según se apunta en el ensayo, este compendio filosófico, alegórico y literario que constituye *El Criticón* es el resultado final y un tanto desengañoso del humanismo cristiano.

En *Baltasar Gracián o la libertad de ingenio*, la profesora Aurora Egido lleva a cabo una revisión completa y precisa del autor aragonés puesta al servicio del

estudioso, del estudiante o del simple curioso que precise de una guía para afrontar la lectura de su obra. Como introducción a Gracián, resulta imprescindible, pero también se erige como reivindicación del que fuera una figura clave en las letras europeas y que todavía encierra secretos e pautas para entender la complejidad de la existencia humana, incluso en nuestro modernísimo e inteligentemente artificial siglo XXI.